

Elegante partitura intelectual

Por Begoña Barrena

Montaje elegante, sobrio, limpio, ordenado de una pieza inquietante, misteriosa, poética e incluso divertida. Para muchos, como Xavier Albertí, que firma la dirección, *No man's land* (1974) es la obra maestra de Pinter, y esa admiración por el dramaturgo inglés se nota en su cuidadísima puesta en escena. Diría que su aproximación busca la manera de realzar un texto lleno de referencias literarias y giros, de



Terra de ningú. Foto: May Zircus (TNC).

diálogos que se socavan entre ellos o se contraponen en una especie de bucle dialéctico que empieza y acaba de la misma manera, en ese territorio del título que, como dice Spooner, uno de sus protagonistas, “nunca se mueve, ni cambia, ni envejece, sino que permanece para siempre congelado y silente”. [...] Hirst (Josep Maria Pou), un literato de clase alta, invita a Spooner (Lluís Homar), un poeta fracasado con el que ha coincidido en un pub, a tomar una copa en su mansión. El primero vive con Briggs (David Selvas) y Foster (Ramon Pujol), sus dos sirvientes, que bien podrían ser también sus amantes, y que harán que el invitado se sienta como un intruso. [...]

Albertí, decía, nos acerca esa tierra de nadie. Desde el magnífico espacio escénico, que reproduce un elegante salón presidido por un mueble bar, hasta la iluminación, pasando por la disposición y el trabajo de los cuatro actores. Qué gran ajuste entre silencios y parrafadas, estatismo y movimiento. Homar es quien mejor lleva el compás. Se hace suya *Tierra de nadie* con un Spooner lleno de detalles en modos y maneras, tanto en el andar como en el movimiento de las manos, los gestos del rostro o la intención de la voz, hasta el punto de que capta la atención del espectador incluso cuando no interviene en el diálogo.

Teatral